

Lucas 2:8-20

Sermón Lucas 2:8-20 Reunión General de Navidad del Cono Norte 2012

Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigili­as de la noche sobre su rebaño. Y se les presentó un ángel del Señor y la gloria del Señor los rodeó de resplandor, y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: —No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían: «¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!»». Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: —Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha manifestado.

Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. Todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho. (Lucas 2.8–20)

Hace unas semanas, en el primer domingo de Adviento, escuchamos como la lección del Antiguo Testamento un pasaje del capítulo 33 del libro del profeta Jeremías. En esa lección el profeta profetizó que vendría el Salvador, el Renuevo de David. Dijo: “En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura. Y se le llamará: “Jehová, justicia nuestra”. Pero es interesante que en los versículos inmediatamente antes de esa consoladora promesa, Jeremías, que en ese momento estaba preso, sabiendo que Judá y Jerusalén se apresuraban a su destrucción a manos de Babilonia, sin embargo profetizó una restauración después de la destrucción. “Así ha dicho Jehová: En este lugar, del cual decís que está desierto, sin hombres y sin animales, en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, que están asoladas, sin nadie que habite allí, ni hombre ni animal, ha de oírse aún voz de gozo y de alegría; voz de novio y voz de novia; voz de los que digan: “¡Alabad a Jehová de los

ejércitos, porque Jehová es bueno, porque para siempre es su misericordia!"; voz de los que traigan ofrendas de acción de gracias a la casa de Jehová, porque yo volveré a traer a los cautivos de la tierra, para que sea como al principio, ha dicho Jehová. »Así dice Jehová de los ejércitos: En este lugar desierto, sin hombre ni animal, y en todas sus ciudades, aún habrá cabañas de pastores que hagan pastar sus ganados. En las ciudades de las montañas, en las ciudades de la Sefela, en las ciudades del Neguev, en la tierra de Benjamín, alrededor de Jerusalén y en las ciudades de Judá, aún pasarán ganados por las manos del que los cuente, dice Jehová." (Jeremías 33.10–13). Sobre esto el comentarista Leland Ryken hace unos comentarios interesantes: "Dios prometió enviar al Rey cuando generaciones habían restaurado la paz a Israel. Prometió enviar al Rey cuando, por ejemplo, había pastores en el campo, vigilando sus rebaños de noche. ¿Por qué los pastores? ¡Por eso! Para mostrar que el tiempo para el Mesías había llegado. 'En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un Renuevo justo' (Jer. 33:15). El Mesías vendría cuando había "cabañas de pastores que hagan pastar sus ganados' (v. 12). El Mesías vendría cuando habría ovejas "en las ciudades de las montañas, en las ciudades de la Sefela, en las ciudades del Neguev, en la tierra de Benjamín, alrededor de Jerusalén y en las ciudades de Judá, aún pasarán ganados por las manos del que los cuente" (v. 13).

"La historia de la Navidad en el Evangelio de Lucas cumple estas promesas. Un par de recién casados subía de Nazaret a una aldea en Judea para dar a luz un hijo. ¡Claro! Fueron a la tierra montañosa, a una aldea cerca de Jerusalén, a una de las ciudades de Judá. "Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño' (Lucas 2:8). ¡Precisamente! ¡Exactamente como Jeremías había prometido! El Rey vino cuando había pastores en los cerros dando descanso a sus ovejas.

"El anuncio del nacimiento de Jesucristo a *pastores* fue tan necesario como su nacimiento en Belén, o su pertenecer a la casa y linaje de David, o su nacimiento de una virgen. Fue necesario porque el Espíritu Santo había prometido que el Mesías vendría en un día de bodas, acciones de gracias y agricultura. El Rey vendría cuando los pastores tenían suficiente paz para contar sus ovejas. ¿Qué mejor prueba de que Jesús es el Cristo que un coro de ángeles apareciendo de noche a pastores

en los cerros de Judea. “*Aquellos* fueron los días, *ese* fue el tiempo para que viniera el Rey.”¹

Ciertamente los pastores no estaban esperando ningún acontecimiento fuera de lo ordinario en esa noche. Sólo vigilaban sus rebaños, como hacían todas las noches y todos los años. Todo era conforme a la rutina. Pero no fue un día ordinario. Y lo que presenciaron en esa noche, y el mensaje celestial que recibieron fue realmente extraordinario. “Se les presentó un ángel del Señor y la gloria del Señor los rodeó de resplandor”.

El ángel proclamaría el gran acontecimiento de esa noche y su bendito significado para ellos. La “gloria del Señor”, la “gloria de Jehová”, fue la manifestación de la presencia salvadora del Señor que había aparecido en momentos importantes en el Antiguo Testamento, como la dedicación del tabernáculo, la dedicación del templo, la aparición de Dios para hablar con su pueblo en el monte Sinaí. Es lo que Isaías vio en la corte celestial en Isaías 6. Es lo que acompañaba a los israelitas en el desierto como una columna de fuego en la noche.

¿La reacción de los pastores? “Tuvieron gran temor”. ¿Cómo iba a ser de otra manera cuando el Dios santo revelaba su gloria delante de hombres pecadores? Pero la intención del Señor no era asustar a los pastores con un mensaje de juicio y condenación. El ángel se dirigió a ellos: “No temáis”. No estaba allí para infundir temor, sino para consolar y alegrar a los pastores y a todos los pecadores. “Porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” “Nuevas de gran gozo”, un mensaje de gozo y alegría. Aunque estos pastores son los primeros en escuchar, el mensaje no es sólo para ellos. Ha venido a ellos primero, en demostración de que están incluidos también los más humildes en la alegría de este mensaje. Pero es un mensaje “para todo el pueblo”. Se refiere en primer lugar al pueblo judío, el antiguo pueblo del pacto, al cual Dios había prometido enviar a su Mesías y Salvador. Pero no se limita a ellos. Juan el Bautista proclamaría que Cristo es el “Cordero de Dios que quita el pecado del

¹ Ryken, P. G. (2001). *Jeremiah and Lamentations: From sorrow to hope*. Preaching the Word (510–511). Wheaton, IL: Crossway Books.

mundo”. Por eso, con toda legitimidad, podemos aplicar a nosotros mismos las alegres noticias que llegaron esa noche a los pastores: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor”.

Otra vez, exactamente como fue profetizado, porque Miqueas había profetizado que el Mesías nacería en la ciudad de David, en Belén. “Pero tú, Belén Efrata, tan pequeña entre las familias de Judá, de ti ha de salir el que será Señor en Israel; sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad” (Mic. 5:2). Ahora, hoy, este mismo día, proclama el ángel a los pastores, ha nacido ese Señor, Jehová venido para redimir a su pueblo, el Salvador que Dios había enviado para redimir y salvar a su pueblo de todos sus pecados. El que nace es un descendiente de David que nace en la ciudad de David, pero al mismo tiempo es el Señor. Como dijo Miqueas, su origen no es sólo humano, sino “sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad”. Es el Dios eterno venido en carne humana para salvar a su pueblo y recatarlos del juicio y la condenación que merecieron debido a sus pecados.

¿Pero cómo lo reconocerían? Seguramente no sería el único bebé en Belén en ese tiempo. Cuando Herodes quería asegurar que no escapara ese niño, se cree que mató a más de treinta niños. Pero los pastores no quedarían en duda. A ellos el ángel les dio una señal singular. “Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre”. ¿Pero no es un Rey? ¿No es el Mesías que librará al pueblo de Dios? ¿Cómo debe estar en un pesebre, y no en un palacio? Hermanos. Esta señal es de puro consuelo tanto para los pastores y para nosotros. Es grande, es Cristo el Señor. Pero viene en humildad para servir y salvar no sólo a los grandes, sino también a los humildes, los que el mundo considera sin importancia. No viene para imponer. Viene para atraer corazones humildes para adorar y servirlo. No viene para aterrar, sino con su inocencia y sonrisa atraer aun al pecador más perdido, para que arrepentido ponga su esperanza en él.

Luego un gran ejército de ángeles formó coro para alabar a Dios y también proclamar la salvación de los seres humanos por medio de ese bendito Niño que había nacido esa noche. “Gloria a Dios en las alturas”, clamaron. “Gloria a Dios en las alturas” repetimos cada domingo en la liturgia, en nuestra alabanza. La mayor gloria de Dios es su gracia y misericordia con que salva a los hombres pecadores e indignos. Esta gracia es lo que la

venida de este Niño manifiesta. No se puede atribuir mayor gloria a Dios que reconocerlo como el Salvador que nos rescata del pecado, la muerte, el infierno y el poder de Satanás. Y correspondiendo a esto, el nacimiento de este Niño significa paz. Su nacimiento es la mayor declaración divina de la buena voluntad de Dios, la voluntad de salvar a los pecadores que merecieron sólo el castigo. La paz de que se habla realmente es el sentido pleno de la palabra Shalom en hebreo, todas las bendiciones de la salvación que resultan porque Dios está bien dispuesto a los hombres y les ha enviado un Salvador.

“Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: —Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”. Otra vez, exactamente como Dios había revelado por medio del ángel. Así que ése era, un Niño recién nacido acostado en un pesebre. Llenos de gozo por lo que el ángel les había proclamado, asombrados por el mensaje alentador del coro de los ángeles, no podían guardar silencio. “Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. Todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían”. No se sabe si mientras tanto otras personas habían llegado al establo y estaban presentes con José y María y el Niño, o si los pastores también salieron y hablaron a personas en la calle. Pero el punto es, que no dejaron que este bendito mensaje que habían recibido de la llegada de un Salvador, Cristo el Señor sea solamente una posesión privada de ellos. Después de todo, el ángel había dicho que era “para todo el pueblo”. Los demás también tenían derecho de escuchar lo que Dios había hecho para ellos. Y como Lutero comenta al respecto, no importaría si Cristo haya nacido 20 veces, si nadie hubiera sabido lo que pasó, a nadie le habría ayudado.

¿Por qué podemos estar nosotros alegres con las noticias de la venida de Cristo en Belén y del perdón de nuestros pecados que él nos ha traído y ganado? ¿Acaso no es porque alguien nos contó estas alegres noticias, alguien que a su vez lo había escuchado de otro, y así remontando al tiempo de Cristo mismo? Seguramente no es el menor de las bendiciones de Dios que él ha preservado este mensaje y que ha permitido que llegue a cada uno de nosotros, para alegrar y calentar nuestros corazones. ¿Y no buscaremos traer esa misma alegría también a otros,

contándoles lo que este Niño ha hecho para ellos, la salvación que ha obrado también para ellos? Cada uno de nosotros podemos hacer lo que los pastores aquí hicieron, y en nuestros hogares, con nuestros vecinos, con nuestros colaboradores, buscar oportunidades de conversar sobre lo que Cristo ha hecho para nosotros y ellos.

Estos pastores después volvieron a sus rebaños. Siguieron siendo pastores de ovejas. Pero tal vez Dios también pondrá en el corazón de alguien aquí el deseo de estudiar más a fondo las cosas que Dios ha hecho por nosotros, para poder ser llamados por una congregación o a una misión para proclamar en una forma más completa y más concentrada todo lo que Dios ha hecho para la humanidad. Estamos esperando tener un nuevo grupo en el seminario en Marzo. Tenemos actualmente unos alumnos muy buenos preparándose para ser pastores que vienen del cono norte. ¿No habría más que dirán, como dijo Isaías cuando él vio la gloria del Señor: “Heme aquí, envíame a mí”. Todavía la cosecha es mucha, mas los obreros pocos. Oremos al Señor, para que envíe obreros a su mies. Y jóvenes y no tan jóvenes, piensen en si ustedes mismos no son una parte de la respuesta que Dios quiere dar a esa oración.

Hermanos. Lo que hemos escuchado hoy día es en verdad buenas nuevas de gran gozo, que son también para nosotros. Hagamos cada uno lo que hizo María cuando, además de lo que el ángel Gabriel le había dicho cuando le anunció el nacimiento del Niño Jesús, ahora escuchó también las sorprendentes noticias del anuncio del ángel a los pastores en el campo de Belén. “Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. Sí, guardemos estas cosas, meditemos en ellas, encontremos nuestro consuelo y alegría en ellas también. Son para alegrarnos. Nosotros también tenemos un Salvador, que es Cristo el Señor. Amén.